



DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN

CON MOTIVO

DE UN LIBRO RECIENTE

I

UE se aproxima el centenario del Nuevo Mundo empieza á sentirse por la extraordinaria abundancia con que cada día salen á luz discursos, libros, memorias y conferencias, encaminados á celebrar tan único y memorable acontecimiento. Mucho habrá, sin duda, entre tales publicaciones, condenado á irremediable muerte tras de vida efímera y sin gloria, pero ya puede aventurarse el pronóstico de que bastantes cosas han de sobrevivir al entusiasmo del momento, siendo quizá el fruto más positivo de ésta y otras tales solemnes conmemoraciones de glorias pasadas el convertir la atención,

no sólo de los indiferentes y distraídos, sino aun de los más doctos, á la averiguación de puntos oscuros, y al más exacto y cabal conocimiento de lo que tradicionalmente venía reputándose como verdadero, sin ahondar gran cosa en la depuración

crítica de cada uno de los particulares que integran y constituyen la narración histórica. Es cierto que en tales casos el anhelo de novedad, el amor á la paradoja, el deseo quizá de hacerse notable y famoso entre las gentes tomando rumbos opuestos á los que lleva el sentir común, suelen ocasionar exageradas y peligrosas reacciones, en que la verdad de la historia experimenta nuevo naufragio, pero aun de tales extremos pueden sacar utilidad los precavidos y discretos (*vir sapiens in omnibus metuet*), abriendo los ojos á nuevos puntos de vista, y aceptando el planteamiento de nuevas cuestiones, aunque la solución no le contente. La crítica histórica tiene mucho de juicio contradictorio, y sólo oyendo sin pasión á todos, puede tenerse alguna esperanza de equidad en el fallo, dados los límites que alcanza la fe del testimonio humano en que la historia estriba. No ha de censurarse, por tanto, ni al que traiga nuevos documentos, por más que en algo contradigan la noción histórica vulgar, ni tampoco al que intente dar nueva interpretación á los datos ya conocidos, y sacar de ellos nuevas inducciones acerca del carácter y móviles de los personajes que en una gran acción intervinieron, dando á cada uno la parte de culpa ó de gloria que á su entender le corresponde. Cuando tanto se profesa y practica la tolerancia en todos los órdenes de la vida, no estaría bien que faltase al investigador histórico, que trabaja por lo común sobre materia muy lejana de nuestras preocupaciones y hábitos actuales, y que sólo nos mueve é interesa por un superior interés humano, ó á lo sumo por muy remotas consecuencias.

Á espectáculo muy interesante y curioso nos convidan las frecuentes publicaciones de estos días. No es realmente el centenario de Colón lo que se celebra, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aun si se quiere el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ora se la haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del Infante D. Enrique, ora, como otros quieren, de la primera ocupación de las islas Canarias. Pero aunque no falten trabajos relativos á otras partes de este vasto asunto, todavía es cierto que la mayor parte de lo que se escribe, publica y habla, recae exclusivamente sobre la persona y los viajes del primer Almirante de las Indias occidentales, ora porque su figura eclipse realmente á las demás con ser de tal magnitud, ora (y á esto nos inclinamos más) porque Colón solo es bastante hombre para un Centenario, al paso que el Centenario resulta pequeño para la digna y total glorificación de aquel portentoso alarde de nuestra raza, que Francisco López de Gómara llamaba en 1552 «la mayor cosa, después de la criación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió.»

Por una ú otra razón, están en notable mayoría los trabajos meramente colombinos, y aun en éstos se advierte que en vez de dar nueva luz á la historia de los primeros viajes y descubrimientos ultramarinos, materia asaz tratada, y en la cual por lo visto no resta mucho cebo á la curiosidad de historiadores, naturalistas y cosmógrafos (si bien otros pudieran sospechar fundadamente lo contrario, al ver que el *Examen Crítico* de Humboldt es hasta la fecha libro casi solitario en estas materias) prefieren concretar sus monografías á las andanzas personales del Almirante, y á la

apreciación de su carácter moral y de sus aciertos ó desaciertos como gobernante, así como á la apología ó censura de nuestra patria, tachada por unos y defendida por otros del cargo de ingrata y aun de inicua con el hombre que le había regalado un mundo nuevo. Esta tendencia meramente biográfica predomina en los estudios más recientes, lo cual no quiere decir que falten brillantes ensayos de otro género, quizá más elevado y trascendental de historia. Sucesivamente se ha ido instruyendo el proceso de Colón, el de sus protectores y amigos, el de sus enemigos y émulos, el de sus precursores verdaderos ó fabulosos, y Alonso Sánchez de Huelva, los Pinzones, Bobadilla, el Comendador Ovando, el obispo Fonseca, el tesorero Santángel, el delegado apostólico F. Bernat Boyl, los rebeldes Roldán y Porras, y cuantos personajes intervinieron poco ó mucho en aquellas expediciones, han encontrado abogados y panegiristas entusiastas á la vez que acérrimos detractores. Ha sido nuevamente agitada, y al parecer resuelta, la cuestión de la patria, y con ella la de la familia del Almirante: muchos se afanan en desembrollar el laberinto cronológico que envuelve todos los actos de su vida antes del primer viaje, y hoy tan infructuosamente como ayer se litiga con más celo y buena voluntad que positiva enseñanza sobre el bueno ó mal acogimiento que sus proyectos lograron en las escuelas de Salamanca, cuyos archivos guardan altísimo silencio sobre las tan decantadas juntas, de las cuales lo único que cabe decir es que nadie sabe lo que en ellas pasó, dado que hubiesen tenido la importancia y solemnidad que gratuitamente les concede una tradición vaga.

No abundan tanto como las monografías relativas á puntos particulares de la vida del Almirante, las que quieren abarcarla desde su nacimiento hasta su muerte, incluyendo además los precedentes y las consecuencias del descubrimiento. Sin duda el gran número de historias de Colón ya existentes, y el justo favor de que gozan algunas, así como la escasez de documentos hallados después de las publicaciones de Navarrete y de Harrise, han retraído á muchos de emprender biografías nuevas, si bien entre las recientemente publicadas hay algunas de verdadera importancia como la de Gaffarel en Francia, y entre nosotros la del erudito Director de la Academia Sevillana de Buenas Letras D. José María Asensio de Toledo, tan conocido por las interesantes investigaciones y felices hallazgos con que ha ilustrado nuestra historia literaria del siglo XVI. La publicación de este libro de nuestro antiguo y buen amigo el Sr. Asensio, del cual nos proponemos dar sucinta cuenta á nuestros lectores, nos parece ocasión oportuna para caracterizar en breves rasgos los diversos períodos de la historiografía colombina y aquellos autores que principalmente los representan, indicando de paso lo que aun quisiéramos ver realizado en este tan bello como inagotable tema.

Ocioso parece recordar que la bibliografía colombina es numerosísima, aunque apenas cuente cuatro siglos de existencia. Pronto será del dominio público un catálogo formado por la Real Academia de la Historia, en el que, con ser trabajo rápido, y que de ningún modo pretende agotar la materia, se da razón de más de cuatro mil

obras que directa ó indirectamente se refieren á Colón y á sus descubrimientos. Pero es claro que el mayor número de ellas, como acontece en todo género de historia, son repeticiones y trabajos de segunda mano, en que no puede encontrarse más originalidad que la del criterio y estilo de sus autores respectivos. Las fuentes históricas primitivas son naturalmente en escaso número, y conviene clasificarlas atendiendo á su valor documental y al crédito que merecen en reglas de sana crítica.

No se habla aquí, por de contado de aquel género de documentos diplomáticos, cédulas, cartas reales, provisiones, memoriales, alegatos, que son materia primera de la historia, y por decirlo así historia latente y difusa. Faltó su conocimiento á muchos de los antiguos cronistas aun de los más inmediatos á los tiempos del Almirante, y por eso en unas cosas anduvieron sucintos y en otras muy lejanos de la verdad. Aun el mismo Antonio de Herrera que por su cargo de cronista de Indias pudo y debió tener á la mano las relaciones y los papeles originales de los conquistadores, no hizo en general mucha cuenta de ellos, limitándose por ser tarea más grata y más acomodada á su temperamento literario á poner en orden y estilo las crónicas anteriores, tejiendo con ellas el hilo de sus *Décadas*, que como obra de conjunto é historia general de la América Española, quizá no han sido superadas hasta el presente, por más que la gloria de Herrera deba repartirse hoy entre muchos participantes. Buscar la historia del Nuevo Mundo en los papeles antes que en los libros nadie formalmente lo había acometido antes de D. Juan Bautista Muñoz, y aun éste por rara contradicción, después de haber formado la portentosa colección que lleva su nombre en la Academia de la Historia, y que todavía sirve de fondo principal á la erudición de los americanistas, prefirió dar, en vez de una historia erudita y documentada, con pruebas é ilustraciones, un hermoso trozo de composición retórica en que los hechos aparecen artificialmente agrupados para el efecto.

La prosa varonil y robusta de Muñoz no podía tener muchos imitadores en la degenerada literatura española del siglo XVIII, en que el arte de la prosa había venido á mucho mayor abatimiento que el de la locución poética, pero era aquel tiempo de grandes investigadores históricos, de cuya labor perseverante y bien encaminada estamos viviendo todavía, y por tanto la nueva senda que él abría como investigador y colector de los materiales de la historia americana había de ser más seguida y frecuentada que aquella otra en que marchaba casi solo pisando las huellas de los historiadores clásicos y de los nuestros del Renacimiento. Quedó, pues, la *Historia del Nuevo Mundo* en el primer tomo, y muerto el autor, nadie reclamó la publicación del segundo que inédito duerme entre los volúmenes de su colección; pero la colección misma despertó la avara curiosidad de muchos, al paso que otros clamaban porque aquel tesoro se hiciese cuanto antes del público dominio, completándole con todo lo demás que pudieran contener los archivos públicos. Era natural comenzar por los documentos relativos al primer descubrimiento y á los viajes de Colón, y hacíase más de sentir esta necesidad después que los Decuriones de Génova habían ordenado la

reproducción de los documentos encerrados en el célebre *Códice colombo-americano*, reproducción que llevó á cabo en 1823 Juan Bautista Spotorno.

Á D. Martín Fernández de Navarrete cupo la gloria de dar el primero solidísima base á la historia del Almirante, dedicándole íntegros los tomos I y II y parte del III de su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv* (1825), obra que hará imperecedera su memoria y que Alejandro de Humboldt llamó «uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos». Además de las cartas, diarios y otros papeles del Almirante, convenientemente anotados y precedidos de una introducción sobriamente escrita y severamente pensada, veíanse por primera vez reunidas, en la *Colección diplomática*, más de doscientas piezas relativas á Colón, inéditas casi todas, y sin las cuales hubiera sido vano sueño querer trazar la historia de su vida.

Sobre el libro de Navarrete trabajaron con distintos propósitos Washington Irving y Humboldt, sin contar otros más recientes y menos ilustres, uno de ellos el fanático charlatán Rosselly Lorgues, que ha llevado su audacia hasta el extremo de vilipendiar feamente al sabio laborioso y modesto que le dió reunidos todos los materiales que él ha estropeado en su fantástica biografía, escrita al gusto de las beatas mundanas y de los caballeros andantes del legitimismo francés.

En rigor el número de los documentos relativos á Colón no ha tenido grande acrecentamiento después de la publicación de Navarrete, si se exceptúan algunos positivos hallazgos de Harrise, y el extracto muy concienzudo aunque no del todo satisfactorio para los más enamorados de la figura histórica del Almirante, que el Sr. Fernández Duro ha hecho de los autos del larguísimo pleito sostenido por el fiscal de la Corona contra los primeros descendientes de Colón; pleito que sólo muy rápidamente había dado á conocer Navarrete, y que al fin podremos leer íntegro en la *Colección de documentos inéditos de América* que publica la Real Academia de la Historia. Tal hallazgo ha venido á modificar más que otro alguno la fisonomía del Colón legendario, y no todos se avienen de buen grado con el que ahora se nos presenta tributario, y no poco, de las flaquezas humanas, un tanto cuanto interesado y codicioso, gobernante poco hábil, á ratos débil, á ratos violento. Pero ni las alegaciones de un pleito suelen ser depósito de la más incorrupta verdad, ni aunque se oiga á todos y en parte se dé la razón á los testigos del fiscal, bastarán tales manchas para que en el juicio sereno de la historia baje un punto Colón del pedestal á que le han encaramado, no ciertamente á título de gran político y óptimo repúblico, ni menos como dechado de perfección moral y como santo digno de ser venerado en los altares, (que esto y nada menos han pretendido disparatadamente Rosselly y sus secuaces), sino como héroe de iniciativa y de resistencia, y como revelador de la mitad del mundo, y autor pacífico de la mayor revolución de la historia moderna.

Volviendo á nuestro asunto, añadiremos que los documentos oficiales y diplomáticos dicen mucho, pero que no lo dicen ni lo pueden decir todo, y que con ellos solos no es factible trazar la historia de Colón, ni otra ninguna historia. Tal género de

documentos no suelen dar más que el aspecto exterior y los últimos resultados de las cosas; pero la parte moral de la historia, los ocultos móviles que impulsan las acciones humanas, y el encadenamiento con que procede la vida, ó está ausente de dichos papeles ó sólo puede traslucirse y adivinarse entre renglones. Hacer la historia con los archivos solos, como pretendía un benemérito archivero de Navarra, únicamente puede conducir á la formación de un *Diccionario de antigüedades*, en que las noticias pueden aparecer sueltas y dislocadas, ó de una *Colección de documentos inéditos*, sin más orden que el de fechas ó á lo sumo el de materias. Es sin duda peligroso el antiguo procedimiento de tejer la historia con los hilos de las antiguas crónicas y de otros documentos literarios; pero no hay duda que el documento literario, la historia escrita, sobre todo cuando la escriben los contemporáneos y principalmente los que en la historia han sido actores, tiene algo que en los documentos canclerescos y escribaniles falta, y que es precisamente el alma de la historia.

Pero así como de la veracidad del documento público no puede dudarse (salvo el convencionalismo, casi siempre muy transparente, de las mentiras oficiales) el valor del testimonio privado, del cronista ó del autor de memorias, por lo mismo que penetra más allá de la superficie de las cosas, está siempre sujeto á controversia y reparo. Si no presencié los hechos que narra, pudo fácilmente ser engañado por falsos informes: aun en el caso de haber sido testigo presencial, pueden flaquearle la voluntad ó la memoria; y si puso las manos y el entendimiento en las mismas empresas que describe, sería exigir demasiado de la condición humana el pretender que ninguna nube de pasión ó de afecto se interpusiese en sus juicios, y que, hasta sin querer, no resultase la narración bajo el aspecto más favorable y honroso para el historiador de sus propias hazañas, por más que se ponga en esto todo el arte y disimulo que mostraron, entre otros grandes capitanes, que son á la vez grandes historiadores militares, Julio César, Hernán Cortés y Federico II de Prusia.

Menos podía esperarse tal artificio y templanza del alma impetuosa de Colón, que jamás fué escritor de oficio ni político profundo, y que en cartas, diarios y otros documentos tales, daba libre expansión á los varios y contrapuestos afectos de su alma en que se daban ruda lucha elementos tan heterogéneos y discordes como un iluminismo casi profético, una vanagloria muy subida de punto que le hacía encarecer sin tasa el número de las tierras descubiertas y los tesoros y excelencias de ellas, viendo por dondequiera Ophires y Cipangos; y una ardiente y extraña superstición, muy genovesa sin duda, sobre el valor y prestigio del oro: sentimiento que en ninguna manera ha de confundirse con la sórdida codicia. «El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al Paraíso».

Fué Colón el primer historiador de sus viajes, y ¡ojalá se hubiese conservado cuanto escribió sobre ellos! Pero la fatalidad que parece haber perseguido los primitivos monumentos de la historia americana, nos ha privado de la mayor parte de ellos, y así ni poseemos, más que en extracto hecho por Fr. Bartolomé de Las Casas, el in-

estimable diario de su primera navegación, ni parece la carta que sobre ella escribió á Toscanelli, y que por la condición del sujeto debía ser más extensa que las dirigidas á Santángel y al tesorero Rafael Sánchez; ni hay relación suya del segundo viaje, aunque Las Casas parece haberla tenido en su poder; y finalmente ha perecido, y esto es más doloroso que todo, aquella «escritura en forma de los comentarios de Julio César», en que el Almirante había ido consignando día por día las ocurrencias de sus tres primeros viajes, según se infiere de carta suya al Papa, en Febrero de 1502, libro que aún existía en 1554, puesto que entonces se dió privilegio para imprimirle á su nieto D. Luis Colón, el famoso polígamo, que más cuidadoso de mujeres que de libros, no volvió á acordarse de tal privilegio, y dejó perecer en el olvido aquel monumento de la gloria de su abuelo, contentándose con llevar á Italia y vender ó facilitar á Alonso de Ulloa el manuscrito de las *Historias* de su tío D. Fernando.

Quedan reducidos, pues, los escritos de Colón, prescindiendo de cartas familiares, memoriales y otros escritos breves, de índole no literaria, á las tres relaciones del primer viaje (que en rigor se reducen á dos) y á las del tercero y cuarto, con más el libro de *Las profecías*, que en la parte que pertenece á Colón, nos inicia más que otro alguno en las intimidades de su alma. De los escritos puramente cosmográficos en que había recogido los indicios de tierras nuevas y las conjeturas que dedujo de la lección de los antiguos, queda algún rastro en los primeros capítulos de la biografía que escribió su hijo. Con tales materiales reconstruyó Humboldt lo que pudiéramos decir la historia literaria del Almirante, no menos que la historia de sus ideas científicas: trabajo apenas retocado después y que ocupa buena parte del *Examen crítico de la Geografía del Nuevo Continente*. Nadie como Humboldt ha acertado á encarecer el encanto poético de algunas páginas de Colón, el profundo sentimiento de la majestad de la naturaleza que animaba al gran navegante, la nobleza y sencillez de expresión con que describe aquel «viaje nuevo al nuevo cielo y mundo que hasta entonces estaba en oculto». Pondera Humboldt, y no se harta de ponderar, así en el libro citado como en el *Cosmos*, la energía y la gracia con que la vieja lengua castellana se presta á estas inauditas descripciones de la fisonomía característica de las plantas, de la espesura impenetrable de los bosques, de las «arboledadas y frescuras y el agua clarísima, y las aves y amenidad que le parecía no quisiera salir de allí». La hermosura de las tierras que vieron, ninguna comparación tienen con la campiña de Córdoba: estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta y las yerbas todas floridas y muy altas: los aires eran como en Abril en Castilla; cantaba el ruiseñor como en España, que era la mayor dulzura del mundo... árboles de inmensa elevación con hojas tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de Mayo», y al lado de estos cuadros de naturaleza idílica, tan llenos de frescura y de primaveral encanto, ¡qué vigor de colorido en el cuadro de la tempestad sembrado de reminiscencias bíblicas que se contiene en la admirable carta sobre el cuarto viaje, escrita desde Jamaica en 7 de Julio de 1503». «Ojos nunca vieron la mar tan alta,

fea y hecha espuma... allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un día con la noche ardió como forno, y así echaba la llama con los rayos, que todos creíamos que me habían de fundir los navíos...»

Pero no sólo por rasgos y efusiones poéticas se recomiendan estos escritos de Colón: no sólo se admira en ellos la espontánea elocuencia de un alma inculta, á quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándola por el poder de la emoción sincera á alturas superiores á toda retórica, sino que el hombre entero con su mezcla de debilidad y soberbia, de amargura desalentada y de sobrenatural esperanza, con el presentimiento grandioso de su misión histórica, con la iluminación súbita de su gloria, con el terror religioso que le penetra y embarga al ver descornado y patente el misterio de los mares; con sus fantasías místicas en que el oro de Paria y la conquista de Jerusalén, las perlas y las especerías de Levante y la conversión de los súbditos del Gran Kan forman tan abigarrado y prestigioso conjunto, sólo en las letras de Colón está, y ninguno de sus historiadores, salvo acaso el Cura de los Palacios, que parece haberle conocido muy de cerca, nos da de ello idea ni trasunto aproximado. Para penetrar en el alma de Colón, que no era ciertamente un santo, pero sí un iluminado, en quien el fervor de la acción nacía de la propia intensidad con que vivió vida espiritual é interna, no hay documento psicológico tan adecuado como el relato de la visión que tuvo en la costa de Veragua: «Cansado me dormecí gimiendo: una voz muy piadosa oí diciendo: «Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios ¡Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moises ó por David su siervo? Desque nasciste, siempre él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dió por tuyas: tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar océana que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves, y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama... No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra de mármol y no sin causa.»

Las palabras de los grandes hombres tienen siempre maravillosa eficacia sugestiva, y cierta virtud que pudiéramos decir prolífica. Sin ser Colón hombre de ciencia, propiamente dicho, aunque sí *mirabilmente plático y docto en las cosas de mar*, contienen las cartas y diarios de sus navegaciones indicaciones científicas del más alto precio, que Humboldt comenta y pone á toda luz con su genial perspicacia, deduciendo de tal análisis que las facultades intelectuales no valían en Colón menos que la energía y firmeza de su voluntad. En medio de cierto desorden é incoherencia de ideas, y de algunos sueños y desvaríos, medio cosmográficos, medio teológicos, que á sus propios contemporáneos debían parecérselo, á juzgar por la blanda ironía con que habla de ellos el nada candoroso Pedro Mártir, hay en los escritos de Colón numerosas observaciones exactas y entonces nuevas de geografía física, de astronomía náutica, y aun de zoología y botánica, á pesar de que él se manifiesta del todo extraño

al tecnicismo de los naturalistas, y no nombra, ni menos clasifica, pero sí describe tan exactamente por sus caracteres exteriores los animales y las plantas, que ha sido tarea fácil el identificar la mayor parte de las especies que reconoció en sus viajes.

El notable descubrimiento de las variaciones magnéticas, unido á ciertas consideraciones generales, de que apenas hay otro ejemplo entonces, sobre la Física del Globo, ya en lo relativo á la inflexión de las líneas isoterma, y á la distribución del calor según la influencia de la longitud, ya sobre la acumulación de plantas marinas, ya sobre la dirección de las corrientes, y sobre la especial configuración geológica de las Antillas, le hizo entrever la ley de conexión de ciertos fenómenos por él observados con una lucidez todavía más digna de admiración si eran tan endeble sus conocimientos matemáticos como da á entender Humboldt, y no podía aplicar á los resultados de la observación el poderoso elemento del cálculo que por otra parte estaba en la infancia. Sólo así se explica, aun tenido en cuenta el influjo de su imaginación aventurera y de la erudición pedantesca de su tiempo, que mezclase con intuiciones de tanto precio hipótesis tan extravagantes como la de la situación del Paraíso terrenal en la costa de Paria, y la de la figura de la tierra «*como tela de mujer y una pelota redonda*». Nada de esto es obstáculo para que Humboldt le conceda el mérito de haber sentado algunas de las bases de la Física terrestre, así como reconoce en nuestro P. Acosta la gloria de haberla constituido y organizado en forma de ciencia.

Por todas razones, pues; por el interés científico, por el interés literario, por el interés moral, las cartas de Colón son su primera y su mejor historia, aunque naturalmente nada nos digan de su vida anterior á los descubrimientos, ni siquiera los abarquen en su integridad. La falta se suple, aunque sólo en parte, con otros documentos análogos pero de distinta pluma, entre los cuales basta recordar la relación del segundo viaje enviada á la ciudad de Sevilla por el médico y alquimista Diego Álvarez Chanca, y la cabeza del testamento del heroico y fidelísimo Diego Méndez, que en una canoa llevó de la Jamaica á la Española la relación del cuarto viaje, y que en servicio de su señor el Almirante gastó cuanto tenía, lo cual no le impidió fundar un mayorazgo con los diez únicos libros que poseía, es á saber: una *Ética* de Aristóteles, un *Josefo*, una *Electra* de Sófocles, traducida por Hernán Pérez de Oliva, un Opúsculo de Eneas Silvio y cinco tratados de Erasmo. ¡Extraña Biblioteca para un marinero de tal temple!

Al número de los documentos que siguen en autoridad histórica á las propias relaciones de Colón, y que pueden considerarse como llenos todavía de su espíritu, pertenecen sin disputa la Crónica de Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, y capellán del Arzobispo de Sevilla, Fr. Diego de Deza, y las Epístolas y Décadas de Pedro Mártir de Angleria. Ni uno ni otro surcaron el Océano, pero recibieron directamente las comunicaciones del Almirante, y merecen crédito en lo que afirman, aunque el no haber sido cosmógrafos ni pilotos introduzca en sus noticias algún error ó confusión. Fué Andrés Bernáldez, así como el último de nuestros cronistas propiamente tales, el más ameno y sabroso de todos ellos, así por la grandeza é in-

terés cuasi novelesco de las cosas que refiere y en parte vió, cuanto por haber sabido unir á la suave ingenuidad y á la brillantez pintoresca de los antiguos narradores cierta lucidez, método, espíritu de curiosa indagación, y arte de distribuir y componer la materia que ellos no solían tener. Á las navegaciones de Colón dedicó catorce capítulos de su *Historia de los Reyes Católicos*, comenzando la relación con palabras solemnes adecuadas á la maravilla del caso: «En el nombre de Dios Todopoderoso, ovo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa, que trataba en esta tierra de Andalucía, que llamaban Cristobal Colon, hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy diestro en el arte de la Cosmographia y en el repartir del mundo...» En todo se guió con gran llaneza y veracidad, por los escritos del mismo Colón que en su poder tenía, y por sus conversaciones familiares de que largamente había disfrutado en 1496 cuando en Sevilla le tuvo de huésped en su casa. «É me dejó algunas de sus escrituras en presencia del Sr. D. Joán de Fonseca, de donde yo saqué, é cotejélas con las otras que escribieron el honrado señor el doctor Chanca é otros nobles caballeros que con él fueron en los viajes ya dichos... de donde yo fuí informado y escribí esto de las Indias.» Sólo de los dos primeros viajes dió relación detallada, cuya exactitud puede comprobarse en lo tocante al primero por el Diario del Almirante, que seguramente tuvo á la vista, y en el segundo por la carta del Dr. Chanca, á la cual añade pormenores que sólo pudo oír de labios de Colón ó leer en sus comentarios hoy perdidos. Es, pues, fuente histórica de primer orden, y Washington Irving hace notar que en la narración del recononocimiento hecho por Colón de las costas del Sur de Cuba, está Bernáldez más minucioso y exacto que ningún otro historiador.

Si Bernáldez conserva toda la amable simplicidad de los antiguos cronistas, á pesar de haber vivido en pleno Renacimiento, el humanista milanés Pedro Mártir de Angleria ó Anghiera, andante en corte de los Reyes Católicos y de sus sucesores desde 1488 á 1526, preceptor de la juventud cortesana en las artes liberales, canónigo de Granada que vió conquistar, primer Abad de la Jamaica, donde no residió nunca, embajador al Sultán del Cairo, miembro del primitivo Consejo de Indias, corresponsal asiduo de Papas, Cardenales, príncipes, magnates y hombres de letras, ofrece en su persona uno de los más antiguos y señalados tipos del periodismo noticiero. Mientras otros latinistas se esforzaban en renovar las formas clásicas de la historia y vestir con la toga y el laticlavio á los héroes contemporáneos, él escribía al día en una latinidad moderna muy abigarrada y pintoresca, muy llena de chistosos neologismos, cuanto pasaba á su lado, cuantos chismes y murmuraciones oía, dando con todo ello incesante pasto á su propia curiosidad siempre despierta y á la de sus amigos italianos y españoles. Tenía para su oficio la gran cualidad de interesarse en todo y de no tomar excesivo interés por ninguna cosa, con lo cual podía pasar sin esfuerzo de un asunto á otro, y dictar dos cartas mientras le preparaban el almuerzo. Acostumbrado á tomar la vida como un espectáculo curioso, gozó ampliamente de cuantos portentos le brindaba aquella edad sin igual en la historia, y estuvo siempre

colocado en las mejores condiciones para verlo y comprenderlo todo, desde la guerra de Granada hasta la revuelta de las Comunidades. Su espíritu, generalmente recto, propendía más á la benevolencia que á la censura, sobre todo con aquellos de quienes esperaba honores y mercedes que contentasen su vanidad muy subida de punto, aunque inofensiva, y su muy positivo amor á las comodidades y á las riquezas, que la fortuna le concedió ciertamente con larga mano. Hombre de ingenio fino y sutil, italiano hasta las uñas, quizá presumía demasiado de su capacidad diplomática, pero poseyó en alto grado el dón de observación y el conocimiento de los hombres. Sus juicios no han de tomarse por definitivos, pero reflejan viva y sinceramente la impresión del momento. Él mismo, como todos los escritores de su género, rectifica á cada paso y sin violencia alguna lo que en cartas anteriores ha consignado. El *Opus Epistolarum* es un periódico de noticias en forma epistolar, dividido en 812 números, y así es como debe juzgarse. Por desgracia, no le poseemos en su forma primitiva. Retocado por el autor cuando había perdido ya la memoria de muchos incidentes, refundido probablemente después por mano desconocida, que dió á la mayor parte de las cartas una cronología absurda, barajó unas con otras y quizá se permitió graves intercalaciones, el *Opus Epistolarum* comenzó á ser mirado como documento sospechoso, y hay crítico alemán que ha extremado su escepticismo hasta el punto de ver en casi todo su contexto un nuevo caso de falsificación semejante al del *Centón Epistolario*, una correspondencia forjada *a posteriori* sobre los papeles de Pedro Mártir y sobre algunos libros históricos. Tal paradoja no ha prosperado mucho, porque el carácter personalísimo de la correspondencia y el tono de actualidad que en ella reina parecen alejar la idea de un fraude cuyo objeto tampoco se comprende; pero siempre quedan en pie graves sospechas de adulteración, y el testimonio de Pedro Mártir, cuando no está confirmado por otras autoridades más seguras, no obtiene ya aquella ilimitada confianza que le dió Prescott, por ejemplo.

Afortunadamente, para nuestro objeto estas dudas importan poco, puesto que no son muchas ni muy extensas las cartas del *Opus Epistolarum* que hablan de Colón, si bien todas ellas son curiosísimas como primeras nuevas y boletines de la victoria lograda sobre el Océano. La obra de Pedro Mártir, que derecha y exclusivamente se refiere á los descubrimientos de América, es decir, sus ocho *Décadas de Orbe Novo* no han sido de autenticidad sospechosa para nadie ni pueden serlo, puesto que en parte fueron publicadas en vida del autor mismo. De la veracidad de sus noticias responde no menor autoridad que la de Fr. Bartolomé de Las Casas: «De los que escribieron cerca de estas primeras cosas á ninguno se debe dar más fe que á Pedro Mártir, que escribió en latín sus *Décadas*, estando aquellos tiempos en Castilla: porque lo que en ellas dijo tocante á los principios fué con diligencia del mismo Almirante, descubridor primero, á quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía inquirido, y de los demás que aquellos viajes á los principios hicieron. En las otras pertenecientes al discurso y progreso destas Indias, algunas falsedades sus *Décadas* contienen».

Tenemos, pues, en las *Décadas* de Pedro Mártir una nueva versión de origen colombino (á lo menos en su mayor parte), favorable por consiguiente al descubridor, menos detallada y menos técnica que la de sus diarios y cartas, más artificiosa que la de Bernáldez: acomodada en suma al paladar del público letrado de Italia que ávidamente devoraba estas *Décadas*, dando ejemplo de ello el mismo Papa León X, que las leía de sobremesa á su sobrina y á los Cardenales. Pedro Mártir debía buscar por sus instintos de periodista, lo más ameno, lo más exótico, lo más pintoresco y divertido de aquella materia novísima, deteniéndose sobre todo en las rarezas de historia natural y en notar maligna y curiosamente los ritos y costumbres y supersticiones de los indígenas en aquello que más contraste presentaban con los hábitos del Viejo Mundo. Predominan en él por consiguiente los detalles antropológicos, y algunos se encuentran por primera vez en sus décadas: sirva de ejemplo la exposición de la mitología de los indios de la Española, tomada de un librito manuscrito que había compuesto Fr. Román Pane, de la Orden de San Jerónimo, primer catequista de aquellos salvajes; libro que luego insertó á la letra D. Fernando Colón en la biografía de su padre. Esta especie de curiosidad científica realza sobremanera el libro de Pedro Mártir, además del habitual agrado de su estilo, incorrectísimo ciertamente y nada clásico, pero muy suelto, chispeante é ingenioso. Tiene Pedro Mártir como preceptor y gramático su representación en la historia del humanismo español, y pudo escribir sin mucha nota de jactancia, aunque en frase de pedantesco y depravado gusto, que habían mamado la leche de su doctrina casi todos los próceres de Castilla (*suxerunt mea litteraria ubera principes Castellae fere omnes*): pero cuál fuese la calidad de esta leche, no poco desemejante de la *lactea ubertas* de Tito Livio, lo están pregonando á voces los mismos escritos de Mártir, y ciertamente que si la severa disciplina de otros maestros indígenas, como los Nebrijas, Barbosas, Núñez y Vergaras, no hubiese llevado el gusto por senderos más clásicos que el de esta latinidad viciada y barroca que viene á ser el calco de una fraseología moderna, no hubiera emulado ni menos excedido la España clásica del siglo xvi los esplendores de la Italia del siglo xv.

De todos modos, es harto evidente el servicio que Pedro Mártir hizo á la historia de nuestro más glorioso reinado, para que por defectos de forma hayamos de regatearle los méritos de observador incansable y curioso, no menos que de abreviador sensato y lúcido. Trabajó como Bernáldez, sobre papeles del Almirante y además recogió de la tradición oral muchas noticias, porque «hablaba con todos y todos se holgaban de le dar cuenta de lo que vían y hallaban como á hombre de autoridad y el que tenía cuidado de preguntarlo», según dice Fr. Bartolomé de Las Casas. Estaba en Barcelona, en 1493, y presenció el triunfal recibimiento de Colón, sobre el cual, por raro caso, guardan absoluto silencio los documentos de nuestros archivos. El Almirante mismo le escribía de continuo y vivía con él en íntima familiaridad, *intima familiaritate devinctus*, como quien le había conocido aún antes de la toma de Granada. Tuvo, por consiguiente, las mejores ocasiones de informarse: convidaba á los

conquistadores á su mesa, los abrumaba á preguntas como un *reporter*, y como tenía buen juicio, procuraba separar de sus relaciones la parte de hipérbole y de vanagloria. Algunas veces tropezó, no obstante, por la ligereza con que escribía, otras por falta de conocimientos náuticos ¹.

Todos los escritores hasta aquí citados nos dan, con leves variantes, una misma versión de la historia colombina, es decir la que hicieron correr el Almirante y sus amigos. Si los émulos y adversarios, Boyl, Margarit, Roldán, Bobadilla, escribieron algo sobre los mismos acontecimientos á tenor y gusto de sus particulares intereses ó afectos, apenas ha quedado rastro de tales relatos ni sabemos que historiador alguno los aprovechase, salvo Oviedo y en muy pequeña parte, sólo por comunicación oral, según da á entender. Pero los dos que ahora vamos á citar, y que en rigor no pueden ser tenidos por apasionados de Colón ni mucho menos por desafectos, utilizaron documentos de diversa índole, dando con ello nuevo carácter á sus extensas narraciones. Ni uno ni otro son en rigor historiadores primitivos por lo que toca á las cosas del Almirante, pero son los más próximos á los primitivos, y mucho caudal puede y debe hacerse de su testimonio, tenidos en cuenta, no obstante, sus particulares condiciones y los opuestos propósitos que parecen haber guiado sus plumas, hasta hacer al uno antítesis perfecto del otro.

Fué el primero de ellos (y á la vez el más antiguo cronista de Indias) el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida de monstruosa actividad física é intelectual da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles colocados en el umbral de la historia moderna. Antiguo servidor del Príncipe D. Juan, del Rey de Nápoles D. Fadrique y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de los triunfos del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I, y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recientemente descubierto, atravesó doce veces el Océano, conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia, disputó con Fr. Bartolomé de Las Casas, in-

¹ La vida y las obras de Pedro Mártir, han sido ampliamente ilustradas en estos últimos años. Véanse, entre otras monografías.

—Schumacher (Hermann A.) *Petrus Martyr, der Geschichteschreiber des Weltmeeres Eine Studie*. New York: E. Steiger, 1879.

—Mariejol (I-H). *Un lettré italien à la cour d'Espagne (1448-1526). Pierre Martyr d'Anghera, sa vie et ses oeuvres. Thèse pour le doctorat, présentée à la Faculté des Lettres de Paris*. Paris, Hachette, 1887.

—Gerik—Das «*Opus Epistolarum des Petrus Martyr*», ein Beitrag zur Kritik der Quellen des ausgehenden 15, und beginnenden 16 Jahrhunderts. Braunsberg, 1881.

Heidenheimer—*Petrus Martyr Anglerius und sein «Opus Epistolarum»*. Ein Beitrag zur Quellenkunde des Zeitalters der Renaissance und der Reformation. Berlín, 1881 8.º.—Bernays (J.) *Petrus Martyr Anglerius und sein Opus Epistolarum*. Strasburgo, J. Trübner, 1891.

Recientemente han comenzado á salir á luz en castellano las *Décadas* de Pedro Mártir, á quien el traductor, por no sé qué raro capricho ó exceso de cortesía, llama varias veces *D. Pedro Mártir* en su prólogo, lo cual nos suena tan raro como si viéramos impreso el Quijote de *D. Miguel de Cervantes*, ó las poesías de *D. Garcilaso de la Vega*.

tervino en explotaciones metalúrgicas, tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas, se sentó como regidor en los más antiguos cabildos de América, arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios no menos que el puñal de los asesinos pagados: fué veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; gobernador de Cartagena de Indias, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, y con todo esto encontró tiempo en los 79 años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos, comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor Fr. Bartolomé de las Casas, «apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes», podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas* ó de libros de su *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* sin poner en ellos más aliño ni orden, que el que gastaba en su conversación familiar. ¡Qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuánto había vivido y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñarlos y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! Suele decirse que España es pobre en memorias y otros libros de historia personal y menuda: la verdad es que hay muchos más de los que se cree, salvo que nadie se cuida de buscarlos ni de imprimirlos ni de leerlos. Sirvan de ejemplo las *Batallas y Quincuagenas* de Fernández de Oviedo, inmenso tesoro de anécdotas sin el cual es imposible conocer íntimamente la España de los Reyes Católicos. Y sin embargo, por no sé qué fatalidad, esta obra yace inédita, al paso que ha logrado ver la luz el indigesto y enfadosísimo libro de los *Quincuagenas* (á secas) del mismo Oviedo, confundido malamente con el anterior por muchos críticos, á pesar de ser su valor histórico tan exiguo como inestimable es el de las *Batallas*.

Más afortunada la *Historia general y natural de las Indias* (de cuyos cincuenta libros sólo había llegado á ver impresos el autor los diez y nueve primeros, el vigésimo y parte del último) corre ya íntegra en manos de los doctos desde 1851 en que la Academia de la Historia hizo suntuosa edición de ella, dirigida por el inolvidable historiador de nuestras letras D. José Amador de los Ríos. No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como éste. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado perderse con grave detrimento de la futura ciencia histórica que de todo saca partido y muchas veces encuentra en lo pequeño la reve-

lación de lo grande. En la parte de historia natural, que es muy considerable en su compilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que más se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano por no poder leerle en su nativa lengua, si entregado á los solos recursos de su observación precientífica, lograba como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar como fundó la Historia Natural de América. Sus descripciones no son las de un naturalista, pero los naturalistas las reconocen como muy exactas. En la historia civil hay que distinguir lo que Oviedo pudo ver por sí durante sus repetidos viajes y estancias en el Nuevo Mundo, y en esto merece todo crédito, y lo que supo por relaciones de conquistadores y navegantes, más ó menos fidedignos, como él mismo reconoce, adelantándose al cargo que en esto se le pudiera hacer: «y como sólo Dios es el que sabe y puede entender á todos, yo, como hombre podría ser engañado ó no tan al propio informado como conviene; pero oyendo á muchos, voy conociendo en parte algunos errores, e assi voy é iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estuviese dudoso ó desviado de lo derecho». Sobre su imparcialidad se ha disputado mucho: es cierto que escribe generalmente con espíritu favorable á los conquistadores, á cuyo número pertenecía y cuyas increíbles hazañas ejercían natural prestigio sobre su imaginación. Por otra parte no es de admirar que los hábitos de su vida inquieta y belicosa hubiesen hecho su conciencia moral un poco laxa para juzgar ciertas tropelías y desmanes, pero tampoco debía tenerla muy turbia cuando vivió y murió pobre en tiempos y lugares en que todo el mundo se enriquecía á río revuelto, y cuando tantas veces hizo llegar hasta el trono de Carlos V las quejas de los humildes, de los abatidos y de los despojados por la insolente tiranía de Pedrarias y sus sucesores en la gobernación de Castilla del Oro. Quien tantas veces aventuró por intereses del bien público su comodidad, su dinero y hasta su propia vida, mal merece los dictados de «embaydor, hipócrita, inhumano, ladrón, blasfemo y mentiroso» con que sin piedad le flagela su cruelísimo enemigo Fr. Bartolomé de las Casas, sólo porque Oviedo se había guardado muy bien de atribuir á los indios aquellas fantásticas virtudes y régimen patriarcal con que liberalmente los adornaba el autor de la Historia Apologética, y aun se había burlado de su insensata tentativa de colonización agrícola en Cumaná, y de los *pardos milites* que allí llevó al degolladero. Oviedo no era ciertamente hombre de gran entendimiento, aunque sí de gran voluntad, ni estaba libre de preocupaciones vulgares y de pasiones violentas exacerbadas en el rudo tráfago de la vida soldadesca, pero para historiador valía más que Fr. Bartolomé de las Casas, porque no escribía como éste bajo la osesión de una idea dominante y tiránica, y podía ser justo hasta sin pretenderlo, porque como él mismo dice al principio del libro sexto: «Poco tiene que hacer en decir la verdad el hombre libre que desea usar della.»

En las cosas de Colón que trata en los tres primeros libros, se le ha acusado de parcial y sospechoso; más bien debería llamársele ligero y mal informado. No conoció más que de vista, y siendo muchacho, al Almirante, pero le admiraba tan sinceramente que deseaba para él una estatua de oro macizo, y de su memoria decía que «no puede aver fin, porque aunque todo lo escrito y por escribir en la tierra perezca, en el cielo se perpetuará tan famosa historia». No obstante, D. Hernando Colón le maltrata por haber recogido sin crítica cuentos vulgares y rumores ofensivos á la prioridad del descubrimiento hecho por su padre. Es Oviedo el primer historiador que consigna la tradición del piloto muerto en casa de Colón, pero la consigna sin darla gran crédito («que esto passase así ó no, ninguno con verdad lo puede afirmar») y como «novela que anda por el mundo entre la vulgar gente». Mayor desatino, pero no nacido de inquina contra Colón, sino del empeño tan patriótico como desacordado de buscar nuevos fundamentos al dominio español en Indias, es el querer demostrar con autoridades del falso Beroso y otras fuentes tales que en tiempos antiquísimos (como unos 3.193 años antes del cronista) fueron conocidas las Indias y estuvieron bajo el cetro del fabuloso rey Hespero. Hay, además, en la relación demasiado sucinta y atropellada que Oviedo hace de los viajes de Colón, notables confusiones de tiempos y lugares que podía haber remediado sólo con leer más atentamente á Pedro Mártir (si es que sabía bastante latín para entenderle). Pero no por eso es despreciable su testimonio que nos conserva una versión, que pudiéramos decir popular entre soldados y marineros, favorable á los Pinzones, aunque no hostil sistemáticamente al Almirante. «Vi é hablé (dice Oviedo) á algunos de los que con Colon tornaron á Castilla, assi como al comendador Mossen Pedro Margarite, é á los comendadores Arroyo é Gallego, é á Gabriel de Leon, é Juan de la Vega, é Pedro Navarro, repostero de camas del príncipe D. Juan, mi señor... A los quales y á otros oí muchas cosas de las desta isla (*la Española*), é de lo que vieron é padescieron y entendieron del segundo viaje, allende de lo que fuí informado dellos é otros del primero camino, assi como de Vicente Yañez Pinzon, que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinzones... porque con este tuve yo amistad hasta el año de mil é quinientos é catorce que él murió. E también me informé del piloto Hernan Pérez Matheos, que al presente vive en esta cibdad, que se halló en el primero é tercero viajes que el almirante primero Don Cristobal Colon fizo á estas Indias. Y tambien he avido noticia de muchas cosas desta isla de dos hidalgos que vinieron en el segundo viaje del almirante, que hoy día están aquí y viven en esta cibdad, que son Juan de Rojas é Alonso de Valencia, y de otros muchos, que como testigos de vista en lo que es dicho, tocante á esta isla y á sus trabajos, me dieron particular relacion. Y más que ninguno de todos los que he dicho el comendador Mossen Pedro Margarite, hombre principal de la casa real, y el Rey Cathólico le tenía en buena estimacion. Y este caballero fué el que el Rey é la Reyna tomaron por principal testigo, é á quien dieron más crédito en las cosas que acá habían passado en el segundo viaje»¹.

¹ Libro II. cap. XIV.

Si es cierto que en historia debe oirse á todos, no hay razón para declarar fábula y mentira todo lo que en Oviedo no concuerda con las cosas del Almirante ó con las Décadas de Pedro Mártir. Entre los que informaron á Oviedo había gente querelosa del Almirante con más ó menos motivo: bueno es saber en qué fundaban sus quejas, aunque seguramente el historiador, llevado de su admiración por el grande hombre, las haya atenuado mucho. En rigor, no toma partido ni por el Almirante ni por los Pinzones, pero consigna el dicho de algunos que afirmaban que «Colón se tornara de su voluntad del camino... si estos hermanos Pinzones no le hecieran yr adelante é que por causa dellos se hizo el descubrimiento, é Colom ya ciaba y quería dar la vuelta». «Esto será mejor (añade prudentemente) remitirlo á un largo proceso que hay entre el Almirante y el fiscal real, donde á pro é contra hay muchas cosas alegadas, en lo cual yo no me entremeto; porque como sean cosas de justicia y por ella se han de decidir, quédese para el fin que tuvieren»¹. Parten estas indicaciones para comprender que no debe rechazarse tan á carga cerrada el testimonio de Oviedo en lo que pertenece á Colón como han pretendido D. Juan Bautista y Washington Irving que en esto le sigue.

Debe sí recibirse con prudente cautela, lo mismo que el de Fr. Bartolomé de las Casas, que tuvo mejores materiales para su *Historia general de las Indias*, pero que la hizo sospechosa por causa muy diversa. No es del caso rehacer la biografía del famoso *Procurador de las Indias*, magistralmente contada por Quintana y ampliificada luego con documentos muy curiosos por el Sr. Fabié. La grandeza del personaje no se niega, pero es grandeza rígida y angulosa, más de hombre de acción que de hombre de pensamiento. Sus ideas eran pocas y aferradas á su espíritu con tenacidad de clavos: violenta y asperísima su condición: irascible y colérico su temperamento; intratable y rudo su fanatismo de escuela: hiperbólico é intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería escolástica y de brutales injurias. La caridad misma tomaba un dejo amargo al pasar por sus labios. Tal era el feroz controversista á quien los hombres del siglo pasado quisieron convertir en filántropo sensible. Precisamente por no haberlo sido sino la encarnación misma de la intolerancia influyó tanto y triunfó al fin, pasando á nuestra legislación de Indias gran parte de su espíritu. El tono de su polémica humanitaria estaba al nivel de la barbarie de los más atroces encomenderos y devastadores de Indias. Pudo tener disculpa entonces porque á grandes males heroicos remedios, pero divulgados sus memoriales por medio de la imprenta y ávidamente leídos fuera de España, no parecieron ya testimonios de celo tan piadoso como acre, sino actas de acusación y libelos sanguinarios, aptos para ser exornados, como en Holanda y en Francia lo fueron, con truculentas estampas de suplicios, sirviendo el texto y sus innumerables glosas de pasto y regalo á todos los enemigos del nombre español hasta nuestros días. Podrá no ser suyo, sino de Fray Bartolomé de la Peña ó de algún otro fraile de su orden, el monstruoso delirio de la *Destrucción de las Indias*, pero con imprimirle y darle su nombre, le hizo moral-

¹ Libro II, cap. VI.

mente suyo, haciendo pagar bien cara á su patria la gloria de haber engendrado á tal filántropo. Biógrafo tan poco sospechoso como Quintana tiene por el error más grande de Las Casas la publicación del tal tratado, en que manifiestamente deshonró la justicia de su causa poniendo á su servicio «las artes de la exageración y de la falsedad, abultando enormemente, hasta dar en manifiestas contradicciones, los cálculos de población y de estrago, y valiéndose sin escrúpulo de todos los cuentos que le venían á la mano adoptados por la credulidad, y aun quizá á veces sugeridos por su fantasía». Las Casas era un sectario admirable por la terquedad, por el brío y por el desinterés perfecto, y como tal sectario procedía con absoluta buena fe aun en sus mayores aberraciones. Así le vemos exagerar fantásticamente las grandezas de la civilización del Nuevo Mundo en la *Apologética Historia* con encomios que resultan risibles en un hombre que había alcanzado los mejores días del Renacimiento, aunque el Renacimiento no hubiese penetrado en él, dejando intacta su bravía naturaleza de fraile de la Edad Media. Ni el fracaso sangriento de su utopía de Cumaná bastó á abrirle los ojos respecto á lo que podía esperarse de la colonización pacífica y meramente espiritual, ni á sus adversarios hizo nunca la concesión más mínima, antes los persiguió por todos medios, no contentándose con refutarlos, sino oponiéndose á la divulgación de sus escritos, como lo logró respecto del *Demócrates alter* del elegante Dr. Sepúlveda, más aristotélico sin duda que teólogo, y cuya doctrina en esta parte, negando á la barbarie todo derecho contra la civilización, algún parecido tiene con la moderna selección sociológica que declara forzoso é ineludible el vencimiento de las razas inferiores en la lucha por la existencia. En esta lucha científica tuvo Las Casas de su parte á los más grandes teólogos españoles, y no hay duda que estaba en lo cierto al combatir el principio pagano de la esclavitud natural, aunque en otras cosas meramente políticas y humanas tuviese más razón Sepúlveda y demostrase más talento filosófico que él. Pero las distinciones que Fr. Bartolomé de las Casas no hacía nunca, hicieronlas después sus hermanos de hábito Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, no menos que el insigne jesuita José de Acosta, llegando á una doctrina verdaderamente racional y cristiana que dejaba á salvo la libertad natural de los indios y aun su libertad política sin negar los legítimos derechos de la navegación, del comercio, de la propaganda civilizadora y hasta de la guerra que siendo justa no es más que una realización del derecho.

Error sería juzgar por los escritos apologéticos de Las Casas, únicos que hasta nuestros días han corrido impresos, del valor de la *Historia general de Indias* que él dejó manuscrita en el colegio de San Gregorio de Valladolid, con encargo de que no se publicase sino cuarenta años por lo menos después de su muerte: encargo tan escrupulosamente cumplido que no sólo cuarenta años sino más de trescientos han corrido hasta que aquellos tres enormes volúmenes han encontrado lugar en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (tomos 62 á 66). Esta obra, tal como la tenemos, abarca mucho menos espacio que la de Oviedo, puesto que termina en 1520, pero salvo las declamaciones inseparables del estilo y condi-

ción de su autor, y salvo también el ser un libro de tesis, lo cual de ningún modo se oculta ni disimula, merece mucho más crédito en lo tocante á la vida de Colón y á los primeros descubrimientos, porque el obispo de Chiapa tuvo la fortuna de beber en las mejores fuentes, como quien tuvo á su disposición gran número de papeles del Almirante mismo, de su hermano el Adelantado D. Bartolomé Colón y de su hijo D. Fernando, sin duda cuando los libros de éste estaban todavía depositados en San Pablo de Sevilla. Va fundada, pues, la mayor parte de su narrativa en documentos originales, copiados unos á la letra y extractados otros, entre ellos el Diario del primer viaje, la relación del tercero y un libro muy semejante, ya que no idéntico, al que con nombre de D. Fernando Colón se imprimió luego en Venecia. Domina en Fray Bartolomé un espíritu más benévolo y generoso con el Almirante y sus hermanos que el que comunmente aplicaba á los conquistadores, pero no deja de hacerle responsable del origen de muchas calamidades que luego sobrevinieron, mostrando en todo esto más imparcialidad que de costumbre, sin duda porque esta vez la ardiente admiración por el grande hombre triunfó de la antipatía con que miraba fray Bartolomé toda conquista, y casi casi el descubrimiento mismo, de las nuevas tierras occidentales, como primera ocasión de los crímenes en ellas perpetrados.

Es, pues, la historia de Las Casas la más exacta y puntual de todas las antiguas en lo tocante á la vida de Colón, si bien dista mucho de ser un monumento literario porque Fr. Bartolomé escribía tan mal ó peor que Oviedo, sin el desenfado soldadesco y bizarro de éste, y al contrario con todo el aparato de una erudición pedantesca unida al mayor desaliño, á la prolijidad más fastidiosa, y á un latinismo revesado que recuerda el de los malos prosistas del siglo xv, en que él se educó, y de cuyos resabios acrecentados por el mal gusto de la palestra escolástica, no llegó á desprenderse nunca, á pesar de que su larguísima vida de noventa años le permitió ser espectador de la total renovación de los estudios y del gusto literario en el siglo xvi. Pero á todo permaneció extraño, preocupado con aquella idea fija de la cual fué servidor y apóstol caluroso y convencido, ya que no elocuente. Sus libros ganaron mucho al pasar por manos del cronista Antonio de Herrera, que los explotó muchas veces á la letra y con poca conciencia, pero mejorándolos siempre en cuanto al estilo, y purgándolos de digresiones, latinajos é invectivas. Tal servicio hubiera sido más de agradecer si Herrera hubiese reconocido con toda sinceridad cuál era la verdadera fuente de sus noticias.

Apenas merece lugar entre los cronistas de Indias el grande adversario de Las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda, tan insigne y memorable en otros ramos de literatura; ni trae novedad alguna lo que muy sumariamente escribió de Colón en el libro primero de los siete que compuso *De rebus Hispanorum gestis ad Novum Orbem* los cuales permanecieron inéditos hasta 1780 en que los dió á luz la Real Academia de la Historia, en el tomo III de las *Obras* de su autor. Sepúlveda no hizo más que compendiar en buen latín lo que había escrito Oviedo. Su vocación no era la de historiador, ni sus estudios de toda la vida le llevaban por tal camino, y además

cuando hizo esta suma de las cosas de América, estaba viejo, desmemoriado y flojo, lo cual se trasluce en el estilo mismo, que con ser bueno, porque Sepúlveda no podía escribir mal, no es de lo mejor suyo, y resulta por todo extremo inferior al de sus tratados filosóficos, en que arrebató la palma á todos los *peripatéticos clásicos* de Italia, así como en la pureza, número y elegancia de la dicción latina rayó tan alto como los más parleros y refinados ciceronianos.

Literato de cultura clásica como Sepúlveda, y excelente escritor en lengua vulgar, fué el capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara, hombre además de ingenio agudo, de espíritu un tanto escéptico y mordaz, y de no vulgares conocimientos astronómicos y geográficos. Con estas dotes compuso su libro de la *Hispania Victrix ó Historia general de las Indias* (1552) á la cual sirve de segunda parte la *Conquista de Méjico*. Para esto tuvo buenas noticias derivadas del propio Hernán Cortés, á cuya glorificación consagró su pluma, no sin algún detrimento de la fama debida á sus compañeros, suscitando con esto las quejas y reclamaciones de Bernal Díaz del Castillo, que de resultas escribió su *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva-España*, más verídica sin duda, aunque menos literaria que la de Gómara, si bien no exenta de un género de parcialidad contrario al que en éste censura. Por lo tocante á los famosos descubrimientos, Oviedo fué su principal fondo con lo cual dicho se está que no añade nada nuevo, salvo tradiciones y rumores vulgares, de origen oscuro y de poco fundamento, dando, v. gr., por historia averiguada el cuento del piloto, que murió en casa de Colón y le dejó sus papeles. Pero lo que llama la atención en el libro de Gómara no es tanto lo que cuenta y expone cuanto la manera de contar y exponer, que es enteramente moderna, así por el orden, amenidad y lucidez, cuanto por la sencillez elegante, la concisión sin oscuridad y un modo maligno y rápido de presentar las cosas, que recuerda más de una vez la causticidad nerviosa de los breves capítulos del *Ensayo* de Voltaire *sobre las costumbres de las naciones*. Literariamente es Gómara uno de los mejores historiadores que tuvimos, y nada le faltaría para la perfección si hubiese sido tan cuidadoso de la verdad histórica como lo fué de hacer alarde de su limpia dicción y picantes agudezas.

Aquí se coloca por la fecha de su publicación un libro de origen algo oscuro y problemático, y que para unos es piedra angular de la historia del Nuevo Mundo, mientras que otros le desdeñan como una torpe falsificación. Bien se entenderá que aludimos á las *Historie del Sign. D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha particolare, é vera relatione della vita é de' fatti dell' Ammiraglio D. Cristoforo Colombo, suo padre... nuovamente di lingua spagnola tradotte nell' Italiana del S. Alfonso Ulloa*, por primera vez impresas en Venecia, en 1571, treinta y dos años después de la muerte de su autor presunto. El original castellano no parece, y cuando á principios del siglo pasado el consejero de Indias González Bárcia quiso incluirla en su colección de *Historiadores primitivos de Indias*, tuvo que retraducirla, por cierto con poca fortuna, que todavía ha empeorado en una reimpresión novísima.

El libro de D. Fernando pasaba sin contradicción por documento original y fide-

digno (salvo algunos escrúpulos de D. Bartolomé Gallardo) hasta que el autor de la *Biblioteca Americana Vetustísima*, en un libro publicado en 1871 por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla, no solamente insinuó graves dudas, sino que llegó á aventurar la especie de ser el libro entero una superchería. No eran leves á la verdad los fundamentos en que Harrise apoyaba su inaudita paradoja. D. Fernando Colón, el patriarca de los bibliófilos modernos, tan cuidadoso de sus propios libros y de los ajenos, no consigna ni en los *Registros* ni en los *Abecedarios* de su biblioteca semejante manuscrito, al par que hace memoria de otros debidos á su ingenio, y al parecer menos importantes por sus asuntos, tales como un cancionero de sus versos (*rythmi et cantilenæ manu et hispanico sermone scripti*) y el titulado *Colón de Concordia*. Por el contrario se encuentra en más de uno de estos catálogos la designación de una vida de Cristóbal Colón escrita por el maestro Hernán Perez de Oliva ¹, de la cual ninguna noticia parece haber logrado su sobrino Ambrosio de Morales y ¿quién sabe si sería la misma que puso en italiano el traductor ambi-dextro Alfonso de Ulloa, que ya había llevado á la misma lengua el *Diálogo de la Dignidad del Hombre*? Por otra parte, el D. Fernando que se dice autor de las *Historie* empieza por no saber á punto fijo dónde nació su padre y apunta hasta cinco opiniones: cuenta sobre su llegada á Portugal fábulas anacrónicas é imposibles, y finalmente hasta ignora el sitio donde yacen sus restos, puesto que los da por enterrados en la Iglesia Mayor de Sevilla donde no estuvieron jamás.

Todos estos argumentos unidos al silencio de los contemporáneos y aun de los mismos familiares de D. Fernando, parecían de gran fuerza, pero de pronto vino á quitársela el conocimiento pleno de la *Historia General de las Indias* de Fr. Bartolomé de las Casas, donde no sólo se encuentran capítulos sustancialmente idénticos á los de las *Historie* (coincidencia que en vigor nada probaría sino la existencia de un texto anterior, fuese del maestro Oliva ó de cualquier otro) sino que se invoca explícitamente el testimonio de *D. Fernando Colón en su Historia* para cosas que realmente constan con las mismas palabras en el libro publicado por Alfonso de Ulloa. No hay duda, pues, que Fr. Bartolomé de las Casas disfrutó un manuscrito de la biografía de Cristóbal Colón, por su hijo, muy semejante, si no idéntico á la que hoy conocemos, dejados aparte los errores materiales del traductor famélico y del tipógrafo italiano, y quizá también algunas desacertadas enmiendas, adiciones y supresiones, que hubo de permitirse Ulloa, ó D. Luis Colón, ó alguna de las varias personas por cuyas manos corrió este desventurado manuscrito. El mismo Harrise, que no llevó la mayor parte en sus controversias sobre este punto con D'Avezac, Peragallo y otros, ha modificado mucho sus conclusiones en esta parte, y hoy no niega la existencia de una antigua historia de Colón, atribuída á D. Fernando, y cuyo autor habla como testigo presencial del cuarto viaje.

Pero esta *Historia* ha llegado á nosotros en tal estado de corrupción que es muy

¹ *Ferdinandi Perez de Oliva tractatus manu et hispano sermone scriptus de vita et gestis D. Chritosphani Colon primi Indiarum Almirantis et maris Oceani dominatoris (Registrum B).*

difícil sacar fruto de ella sin someterla antes á un examen riguroso de fechas y nombres y hacer de ella una edición crítica, lo cual sería sin duda más valioso servicio que el que pueden prestar tantas polémicas verbosas y apasionadas. Que sea de D. Fernando ó de Hernán Pérez de Oliva, ó de cualquier otro, nada importa para el valor de casi todo lo que en ella se contiene, puesto que está sustancialmente conforme con los diarios, cartas y otros escritos del Almirante que por fortuna poseemos, y que el autor quienquiera que fuese (¿y quién más abonado que su hijo?), tuvo á su disposición, y extractó y aprovechó como antes y después de él lo hicieron otros muchos. Pero la duda empieza en aquellas cosas que ningún biógrafo anterior consigna, y que sobre la fe de D. Fernando Colón vienen admitiéndose, así en lo tocante á los primeros años de D. Cristóbal en que el biógrafo controvertido parece haber estado tan á oscuras como nosotros ó más, como en lo tocante á las relaciones de Colón con el gobierno de Castilla, en que se hace eco de una tradición, que pudiéramos decir *de familia*, manifiestamente hostil al rey Católico. Con este libro comenzó á formarse lo que ahora llaman la *leyenda colombina* y por eso es el principal baluarte de los que la defienden, así como el principal blanco de los tiros de los que la atacan. Notorio es, sin embargo, que la tal leyenda ha sido pródigamente enriquecida por la imaginación de los panegiristas posteriores, y así no hay rastro, por ejemplo, en el libro de D. Fernando, del supuesto matrimonio clandestino del Almirante con Beatriz Enríquez, cosa que de cierto no habría omitido, si buenamente hubiera podido prestar tal servicio á la memoria de su pobre madre.

Con la tardía publicación de estas *Historie* se cierra propiamente el período *vetustísimo* ó primitivo de la bibliografía colombina. En adelante no encontramos más que ficciones poéticas como las de Juan de Castellanos en sus *Elegías de varones Ilustres de Indias* (1589), ó repeticiones más ó menos disimuladas de las antiguas crónicas, sobre todo cuando éstas eran inéditas. Antonio de Herrera Tordesillas, que tuvo á la vista grandísima copia de documentos originales, hubiera podido y debido hacer más de lo que hizo, pero en vez de seguir el ejemplo de los Zuritas y Morales, buscó senda más breve y apacible, y se redujo, á ejemplo de Mariana, á poner en orden y estilo lo que otros habían ya consignado por escrito. Fr. Bartolomé de las Casas y Pedro Cieza de León fueron sus principales tributarios, y de uno y otro tomó libros enteros con leve diferencia de palabras. Quien haya leído la *Historia de Indias* del obispo de Chiapa y la *vida del Almirante* atribuida á D. Fernando Colón, poca ó ninguna novedad encontrará en las primeras *Décadas de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, que Herrera divulgó por la prensa en 1601. Es cierto, sin embargo, que, como hombre de discreción y gran juicio, mejoró casi siempre los originales de que tan libremente se servía, mereciendo con ello la loa de compilador metódico y elegante, fácil y agradable de leer siempre, útil hoy mismo y utilísimo cuando se desconocían los documentos originales.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO